

LA SIRENA

Por Carlos VALDES

Dibujos de Héctor XAVIER

ESCUCHÓ la inusitada sirena de un buque; sólo muy rara vez arribaba algún barquito a Puerto Perdido. Tom se levantó del suelo donde había estado durmiendo. No tuvo que vestirse; en la noche usaba la misma ropa. Un pantalón roto y una camiseta pegada al cuerpo por el sudor y la mugre era lo único que lo cubría.

La luz de la plaza lo deslumbró. Tom aún experimentaba los efectos de la borrachera nocturna; pero decidido atravesó la plaza hacia el muelle. Con los pies descalzos levantaba nubecillas de polvo que seguían su fatigosa trayectoria. El abundante sudor le nublabla la vista. No le importaba; el lugar no tenía ningún atractivo para él.

Puerto Perdido. Así había bautizado Thomas Spencer al pueblito, porque nunca había dominado su impronunciable nombre indígena; en el mejor de los casos, Puerto Perdido era una torpe reminiscencia literaria. Se reducía a unas cuantas chozas en torno de un terreno circular que semejava una plaza de toros; pero un coso vacío, sin toros y sin toreros; sólo el presentimiento de la muerte suspendido en el aire. Puerto Perdido era una especie de paraíso al revés: había enfermedades, vicios, aburrimiento y mugre por todas partes; nativos borrachos; mujeres flacas, amarillas de paludismo; insectos que salían en nubes de las charcas. Cerca latía la presencia de un templo indígena medio oculto entre la maleza, cuyas ruinas requemaba el sol insupportable. Un mar monótono y cruel, al norte, el monte no menos inhospitalario, al sur, cercaban al pueblo por ambos flancos.

Las horas no cambiaban el aspecto del lugar: los nativos buscaban una sombra para dormir sobre el suelo; de cuando en cuando bebían aguardiente con avidez, luego volvían a sus posturas de ídolos yacentes. Sólo el dueño de la tienda ejercitaba su paciencia esperando a los clientes que tardíamente llegaban a regatear un puñado de maíz, unas hebras de tabaco, o una olla de licor. El cacique dormitaba tranquilo en una hamaca; dos guardaespaldas velaban su sueño. No lejos, un alambique panzudo —“*las cosas se parecen a su dueño, dicen*”— trabajaba para su

provecho. Ni siquiera los perros flacos se atrevían a cruzar la plaza en busca de los desperdicios. “Así ha sido siempre. Nadie cambiará al pueblo. Nosotros dormimos. No despertaremos hasta que nos toque el día. Eso sí, *a cada santo le llega su función, dicen.*” En medio de esa exasperante quietud, los puercos parecían hambrientas divinidades, dioses menores torpemente materializados, gordos y gruñones, en el séquito de un Siva purificador.

Por la noche había mayor movimiento: un gramófono de bocina, como una caracola gigante, tocaba al aire libre; los hombres danzaban en un tablado a la luz de las lámparas, pisoteando con furia sus sombras como si fueran alacranes. El aguardiente pasaba de mano en mano. Los borrachos disparaban sus armas al viento y proferían gritos de feroz alegría. Casi infaliblemente una riña coronaba la fiesta. “Mucho te han humillado. Si puedes, no dejes que cualquiera te humille y te enlode; las manchas son difíciles de limpiar. El barro pegado te duele a ti, aunque nadie lo sepa. Que el sapo no te escupa, porque te saldrán manchas en la piel. Mata al sapo. Si no te atreves, humíllate; la serpiente que se arrastra vence a los demás animales. Recuerda el mal que te han hecho, porque el que está encima de ti no olvida, dicen.”

“No vinimos de ningún lado, somos hijos de la tierra. Vivimos pocos años, porque nacimos del barro. Antes hubo otra raza de hombres; pero se acabó. Como eran monos tontos los tigres se los comieron, y otros se ahogaron cuando llovió mucho. Los hombres de carrizo tampoco duraron: nunca se entendieron bien con el fuego. Nuestra madre que nos parió fue un busto de tierra; nuestro padre que nos engendró fue un rayo de obsidiana. Siempre ha sido igual: antes que nacieran los abuelos del monte, nosotros ya vivíamos aquí. Hubo años de hambre, de guerra, de enfermedad; pero no nos fuimos, dicen.” Y Tom había olvidado cuánto llevaba de vivir allí. Recordaba, aun-

que no con mucha claridad, que antes a diario resolvía partir; pero se sentía fatigado y postergaba el viaje. Ahora no se ilusionaba, sabía que jamás podría irse. Europa estaba al otro lado del mar. Además sería un extranjero en su propio país, aun para sus amigos íntimos de antaño. Los hábitos sociales y de trabajo, las buenas maneras, la espiritualidad inglesa, todo lo había perdido en la costa mexicana. Ahora era *el gringo* de Puerto Perdido, sucio, barbón, alcohólico.

“Vino un papa grande: tenía barbas y corona de piedras preciosas, echaba fuego por los ojos; llegó en canoas con todos sus guerreros y sus caballos. Tomaba gente y la marcaba con un fierro rojo; a otros les cortaba la lengua y las orejas; a otros los cazaba con sus perros. El papa grande mandó decir que no tenía mujer. A nosotros nos dio mucho miedo y le enviamos a nuestras hijas. Pronto se cansó y las devolvió. Mandó decir que si teníamos oro mejor se lo diéramos; ya no quería mujeres. Fuimos a escondernos al monte. No teníamos oro; sabíamos que eso no le gustaría. El papa grande se fue enfermo de pudrición. Vinieron otros papas. Unos eran malos, y otros menos peores; pero todos querían oro. A los papas no les gustaba correr el monte; eso fue lo que nos salvó, dicen.”

Su existencia en Puerto Perdido era una ininterrumpida embriaguez. Los del pueblo toleraban a Tom, como a los zopilotes que procuraban el sustento confundidos con las aves domésticas. Lo apodaban despectivamente *el gringo* o *el dueño del monte*; pero no lo dejaban morir de hambre, y eran muy generosos para invitarlo a beber. Los divertía con su español bárbaro. Tom había llegado a dominar el idioma, pero fingía ignorarlo. Para congraciarse, hablaba como en sus primeros días; al pueblo le halagaba creerse más inteligente que el extranjero.

Los hombres lo cubrían al principio con todos los posibles improprios de la lengua. Cuando Tom comprendió el significado, contestó maldición por maldición. Nunca lo insultaron por maldad, sino para divertirse. “Hace mucho el gavilán le prestó al sol un real. Como no podía pagar, le dijo: *Mientras no te devuelva tu dinero, puedes comerte los pollos que encuentres.* Por esto el gavilán se lleva los pollos. Aunque no debemos nada, seguimos pagando la deuda del sol, dicen.”

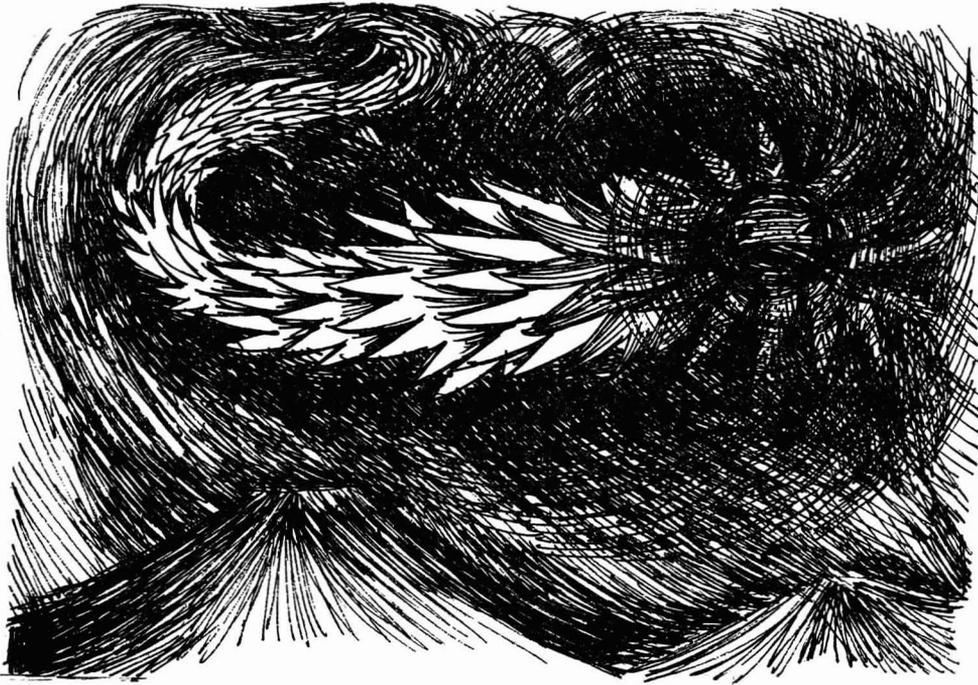
Lo creían cretino de nacimiento. Los viejos le decían:

—De qué te sirve haber leído, si no sabes nada.

En un principio Tom pretendió deslumbrarlos. Se desgañaba horas tratando de explicarles las leyes de la naturaleza, ayudándose con gestos y dibujos sobre la tierra; pero los de Puerto Perdido tenían las explicaciones más fantásticas para los fenómenos naturales. Ellos oían pacientemente, con expresión de incredulidad y lástima. Luego le decían cómo eran las cosas: por qué las estrellas no caen del cielo y el sol alumbra la tierra. Hablaban como si tocaran con la mano sus mitos, con más certeza que cualquier famoso profesor universitario. Con el tiempo creyó que los nativos tenían razón: ellos nunca se forjaban ilusiones; estaban más próximos a la realidad que él.

Su error fundamental había sido leer novelas sobre América. Las lecturas le habían enseñado una realidad monstruosamente inexacta; las descripciones no





pasaban de ser sueños embellecidos por el morbo adolescente. “¿Dónde están las paradisíacas praderas de las pieles rojas —se preguntaba Tom—, dónde las riquezas en espera del hombre blanco, dónde las mujeres de belleza exótica?” Thomas Spencer, súbdito de su majestad británica, sólo conocía una porción de América, un punto casi perdido en el territorio mexicano; pero por sus lecturas jamás pudo haberse formado una vaga idea de lo que era Puerto Perdido. Sus textos universitarios tampoco le enseñaron que la herencia de su tío John constituiría el mayor fraude de su vida. John Spencer había ganado fama entre sus contemporáneos de implacable viajero. Se distinguió también por sus especulaciones bursátiles. Acumuló un gran capital en acciones, títulos que heredaron sus numerosos sobrinos. (El viejo solterón murió sin haberse detenido mucho en ninguna parte; dotado de una gran facilidad para el éxito pronto se desinteresaba por las cosas. Su alarmante inconsistencia daba mucho que pensar a parientes y amigos, quienes lo mismo denigraban que exaltaban su memoria.) A Tom le tocaron 3,500 libras en acciones de la *Mexican Oil, Mines and Woods, Inc.* La Compañía se mostró reacia en liquidar los títulos; en cambio le ofreció un bosque de maderas finas, “que no tendría más que echar abajo —afirmaron— para recuperar con creces el importe de las acciones”. Tom ignoraba los trucos de las sociedades anónimas para victimar a los socios minoritarios.

Tom decidió explotar la propiedad. La aventura le parecía atrayente. Una concesión por 99 años en la selva mexicana era mucho más sugestiva que un empleo en la oficina. Su devoción a la naturaleza provenía de las vacaciones en la playa y las lecturas de Wordsworth y Tennyson. Tom sacó sus ahorros del banco; llenó sus maletas con equipo para la vida al aire libre. Sin gran tristeza abandonó Inglaterra.

Al llegar a Puerto Perdido echó de menos los fines de semana con Edith. No había quien la substituyera. Tom nunca había imaginado que las mujeres nativas pertenecieran al sexo femenino. Tuvo que conformarse con raciones dobles de whisky. Agotada la provisión inglesa, procuró el aguardiente del país. Los efectos eran

los mismos: a veces conseguía olvidar a la muchacha; pero otras una Edith de fuego se desbordaba sobre su insomnio, lo llamaba con ayes desde lo profundo del bosque.

“Nosotros no la hemos visto. La miró nuestro compadre, el del pueblo vecino. El compadre encontró a La Llorona en el monte. Era blanca, de pelo rojo, vestía con elegancia, no como se usa por aquí. La mujer ladina hizo señas provocativas al compadre; él caminó tras ella. La mujer no se dejaba alcanzar. Se internaba en lo más profundo del monte. El compadre se le pegó como si fuera su sombra. En la carrera perdió hasta el hacha y el saquito de las tortillas. No podía alcanzarla. Aquello no era cosa de este mundo. El compadre asustado quiso pararse; pero siguió andando a la fuerza como en los sueños. La Llorona comenzó a sollozar y a gritar más que si la estuvieran matando. Lloraba tan feo que el compadre aún no se alivia de las fiebres biliosas”.

Tom desembarcó en Puerto Perdido con gran entusiasmo. Los primeros días hasta bebía puntualmente su té a las cinco de la tarde. Las ilusiones se le desmoronaron contra la molicie de los nativos. Se negaban a trabajar alegando vagos peligros que los amenazaban en el monte. Otras veces decían “mañana iremos” en un tono que podía significar “el mes que viene” o “el año que entra”. La segunda vez que el barco zarpó con las bodegas vacías, se esfumaron los sueños de riqueza. Paseando por la plaza a grandes pasos, Tom se creyó víctima de una conspiración universal: su tío le había dejado un monte inservible; la Compañía se había burlado de su ingenuidad mandándolo a una playa desolada; los nativos se reían interiormente ante su fracaso, se negaban a trabajar por malevolencia; el sol calentaba con más fuerza que nunca sólo por fastidiarlo; los mosquitos respetaban a los nativos, en cambio a él lo perseguían como si fuera su enemigo personal.

El resentimiento cedió lentamente su lugar a la indolencia. El clima era capaz de doblegar un carácter más férreo que el suyo. Tom se abandonó a las circunstancias; dejó de afeitarse y mudarse la ropa. Después de sufrir seis meses la fiebre palúdica, ya no se diferenciaba mucho de los nativos; hasta había adquirido

el tinte amarillo, el aspecto descarnado y fantasmal. Rota la barrera de la desconfianza instintiva, fumaba, se embriagaba y descansaba junto con ellos.

“No lo vimos, nuestros padres lo contaron: una vez llegó al pueblo un ladino. Primero pagaba lo que comía. Después ya no quiso pagar, dijo que se le había acabado el dinero. Los del pueblo se juntaron para decidir qué harían con el extraño. Unos dijeron que mejor lo matáramos, por si era un demonio disfrazado. Otros opinaron que, si lo dejaban vivir, luego vendrían otros ladinos a comerse el maíz. El más viejo de todos habló con sabiduría: *quién sabe si el papa que está arriba lo mandó por nuestros pecados. Si lo corremos al monte, a lo mejor vienen cosas peores.*”

Llegó al río. Algunas mujeres se bañaban y otras lavaban ropa. Tom ni siquiera las miró. Tampoco ellas se preocuparon, aunque temían mucho a los hombres. Lo veían con la misma curiosidad que a un inofensivo lagarto. Para ellas Tom no representaba la avasalladora presencia masculina: *era no más un gringo.* Y gringo significaba en su idioma una mezcla de niño crecido, bienaventurado, setemesino imbécil, hazmerreír para tarde aburridas. Una vieja le gritó:

—Gringo, ven a bañarte.

Las mujeres rieron a coro. Sabían que Tom sentía miedo instintivo de animal por el agua.

—Adiós —saludó Tom secamente, como quien espanta un mosquito.

Tom no se había enfadado. Hacía mucho que no reaccionaba ante las burlas. Se preocupaba por llegar a la vereda; la sombra de los árboles le haría tolerable el camino.

—Adiós —respondieron las mujeres con voces infantiles y húmedas, parecía que el agua les devolvía juventud.

Tom escuchó otra vez la sirena. Sin importarle el calor, para cortar camino se dirigió al ruinoso templo indígena, alto, blanco hasta el deslumbramiento, de graderías que evocaban las piernas de los gigantes. El viento rugía en el recinto como manada de animales hambrientos. Tom nunca había estado allí; no le atraían las ruinas. Los nativos las rehuían, afirmando que eran peligrosas. “Somos buenos cristianos. No creemos en tales mentiras. Dicen que adentro del monte hay una serpiente. Es tan grande que para salir de su cueva tarda desde la mañana hasta la noche. La serpiente es de agua y tiene plumas. Vuela de noche; nadie la ha vis-



NAVIDAD Y SATELITES

(Viene de la pág. 2)

nos sentimos tal vez más en nuestra casa que nunca; y no sólo tenemos este sentimiento ante nuestra casa concreta, sino ante la tierra en general. Ese aspecto desnudo y simplificado del invierno es tan entrañablemente nuestro como los esplendores de la primavera o del estío; hasta tal punto que en los países donde se tiene la suerte de no conocerlo, se le figura con esmero y evidentemente con alguna nostalgia.

Sin duda para nosotros mismos es un poco sorprendente que nuestra alegría navideña respire sensiblemente bien entre las nieves y los hielos, y que nuestras más calurosas efusiones no se sientan disonantes ante un fondo de postración y de inclemencia. Esto añade alguna dimensión más a nuestra alegría misma, y tengo la impresión de que una Navidad sin frío, aunque se rodee de sus imágenes, tiene que ser necesariamente menos vehemente: no puede sentir esa segunda alegría de que el invierno no nos mate, ni siquiera o nos sea del todo y sin apelación enemiga; de que siendo lo que es tenga para nosotros, a pesar de todo, algo de cobijo, de hogar, de lugar habitable.

Entrar en invierno en las habitaciones caldeadas donde chispean los árboles de Navidad, los adornos, las luces y los fuegos, es una de las imágenes más vívidas y puras de la hermosura de este mundo y de la vida en este mundo, y de las que más nos costaría perder si de veras algún día hemos de pensar en abandonar nuestro planeta. Claro que es el contraste el que acentúa las delicias del hogar y de la compañía, pero ¿es que el contraste no es nada, y no están las cosas contrastadas unidas entre sí por un escondido parentesco? Que el invierno nos permita habitarlo, sostener en él nuestros hogares apenas reforzados y transitar admirándolo por sus intemperies y sus azotados espacios es un don por lo menos tan impresionante como el abrirse de las flores y el madurar de los frutos.

La hermosura del invierno es como una garantía de imparcialidad para la hermosura del mundo, porque es como mostrar que este mundo es hermoso aun sin nuestro deseo. Por eso, cuando la alegría y la ternura humanas pueden hacer también del invierno su ámbito y en parte hasta su tema, esto nos parece casi la prueba de que estamos hechos necesariamente para esta tierra y ella para nosotros.

Los satélites artificiales, que esta Navidad nos van a recordar obstinadamente, querámoslo o no, la posibilidad de vivir en otros planetas (por lo menos a los que no tenemos la menor idea del espacio cósmico, que somos todos los profanos y sospecho que casi todos los científicos), estos simpáticos *sputniks* van a producir un verdadero lío en nuestra representación de la naturaleza. ¿Podríamos llamar naturaleza al espacio que se extendería ante nosotros si estuviéramos en Marte, y al que ni siquiera me atrevo a llamar "paisaje"? Porque para nosotros la naturaleza es algo necesariamente habitable. Metidos en esos cohetes y escafundras que los imaginativos nos figuran con tanta

osadía como poco sentido estético, es posible que llegáramos a sentir como naturaleza únicamente el volumen respirable y ocupable que estos estrafalarios aparatos limitan. Una naturaleza es para nosotros un hogar. Se distingue de nuestras casas en que no lo hemos hecho artificialmente, en que es como un hogar "natural"; pero es naturaleza tanto por ser hogar como por ser natural. Imposible imaginar que quien se asome por la ventanilla de un cohete interplanetario esté "contemplando la naturaleza".

La historia literaria nos muestra, además, cómo el ámbito de la "naturaleza" ha variado con el tiempo, y esta variación es el progreso del espíritu que va haciendo hogar, poco a poco, zonas cada vez más vastas de esta tierra. Mientras el hombre temió a las montañas o a la noche estas cosas no fueron para él naturaleza, sino sólo espacio cósmico, realidad enemiga y bruta, "resistencia", como dice Ortega. Claro que empleo aquí la palabra "naturaleza" en el sentido y con las sugerencias implícitas que ha llegado a tener en nuestros días, pero ¿en qué otra forma pueden emplearse las palabras? Aunque llamemos naturaleza, porque hoy lo son para nosotros, a las montañas terríficas que el hombre de las cavernas veía con pavor, es evidente que no eran para él lo que nosotros nos representamos al decir esta palabra.

Esto que han llegado a ser para nosotros es un triunfo de nuestra libertad y de nuestro espíritu. Esa naturaleza en general, que Hegel con tanta profundidad llamó abstracta, sólo se hace naturaleza en particular (es decir, como zona distinguida en el campo de lo real en general); sólo se hace eso que llamamos espontáneamente así, cuando la hemos visto como habitable y hasta como propicia. Ese es el sentido que esta palabra tiene en la poesía. No porque la naturaleza imite al arte, sino porque el arte imita, no a la naturaleza, sino a la configuración de ese meollo de la existencia humana para el cual únicamente puede existir una naturaleza. El sentimiento de la naturaleza es evidentemente un sentimiento poético, lo cual no quiere decir que se origine en los poemas,



to. La serpiente vivía antes en la casa de los dioses. Nadie puede matarla porque en ella hay un dios. Bajará del monte algún día para comerse a los malos cristianos. Pero con los buenos no podrá; la ahuyentarán con sus cuchillos benditos. La serpiente encantada se desbaratará; lloverá fuerte sobre los maizales; no habrá hambre, dicen." Tom pensó ahorrar camino. Subiendo hasta la cima del templo podría divisar el buque sin ir al muelle.

Ascendió con toda la rapidez que permitía el calor. Desde lo alto pudo mirar el océano. En el horizonte navegaba un buque de gran calado. Luego apareció otro, y otro: una flota completa. Tom pensó que era británica. Imaginó que desembarcarían hombres y mujeres vestidos impecablemente, con los rostros radiantes. Entrarían a Puerto Perdido. Lo contemplarían todo con expresión de incredulidad y piadosa lástima.

Tom se indignó. "¿Qué derecho tienen para venir a molestarnos? —pensó—. Después de todo esta tierra aún es mía por 93 años."

Gritó con todas sus fuerzas:

—Fuera de aquí, gringos ladinos. Les prohibo desembarcar en nuestras playas. No necesitamos su piedad. Somos felices sin su pulcritud afeminada, sin el ruido de sus máquinas. Vayan a otra parte con su musiquita de Ejército de Salvación, con su credo del trabajo que dignifica al hombre. Déjenos dormir y beber en paz.

El grito ni siquiera llegó a la playa; pero los barcos desaparecieron uno a uno en el horizonte. Tom atribuyó la partida a un milagro provocado por él. Pensó: "Los antiguos dioses indígenas odian a los extraños. Si alguno se acerca a sus tierras, lo alejan con sus poderes mágicos. Si acaso le permiten entrar, causan su ruina; lo degradan al nivel de las bestias." Feliz por su triunfo comenzó a descender. Atrajo su atención un ídolo mitad hombre y mitad serpiente que no había visto antes. "En algún tiempo remoto, los animales estaban más cerca de los dioses que los hombres —reflexionó—. Los hombres admiraban y hasta querían parecerse a los animales. No distinguían a los dioses de las bestias. La cacería más que una audacia era un sacrilegio; quizá era una piadosa comunión con las virtudes de los animales comer su carne." Tom se sintió fatigado por el esfuerzo. Hacía mucho que no pensaba tanto. "Me voy a beber un trago con los del pueblo —se dijo—, y les preguntaré sobre los animales. Todo lo que yo no sé lo saben ellos."



—Foto Giraudon
"una fiesta de la alegría"